

## Un día con los muchachos de la providencia de San Bruno

---

Sería el mes de julio de 1817, cuando el Padre Andrés Coindre reunió a cinco o seis muchachos procedentes de las prisiones y los alojó en una de las celdas de la antigua cartuja de Lyon. Los puso bajo la supervisión de un joven maestro de taller llamado Antoine Ghenton, encargado de enseñarles el valor del trabajo, las virtudes ciudadanas y, sobre todo, el inmenso regalo que es el amor de Dios.

La antigua celda de los cartujos era, en realidad, una pequeña casa de dos alturas. En el piso de abajo, el Padre Coindre instaló dos telares para que los muchachos se ganaran su propio sustento trabajando la seda. En el piso de arriba, había una habitación para el contramaestre y un dormitorio corrido donde rápidamente se improvisaron algunos jergones para que durmieran los alumnos.

Los primeros días estuvieron dedicados a dotar a la casa con el material necesario para que allí pudiera funcionar una providencia. Los dos telares procedían de un taller cercano que estaba retirando progresivamente los telares tradicionales y había instalado dos nuevas máquinas Jacquard, capaces de hacer tejidos con diseños novedosos y innovadores. La ropa de cama la había conseguido Claudine Thévenet y sus compañeras de la Piadosa Unión. Un generoso amigo del Padre Coindre había regalado una cocina ya usada, pero que podía seguir funcionando para que los muchachos pudieran preparar sus propios alimentos.

En pocos días, aquellos apartamentos desangelados, comenzaron a presentar un aspecto acogedor, casi familiar. Para la mayoría de los muchachos, ésta era la primera casa que nunca habían tenido. La inclinación a la delincuencia, la violencia de los gestos, la rudeza del vocabulario, iba dando paso, poco a poco, a un sentido de pertenencia que impedía mancillar los umbrales de su nueva vida.

Todos los días, a primera hora de la mañana, llegaba el Padre Coindre para hablar un rato con los chicos y departir brevemente con el contramaestre Ghenton. Aquella mañana, después de los saludos habituales, el Padre Coindre tomó una silla y se sentó junto a Poncet Lamure, el joven de 17 años que en aquel momento estaba manejando uno de los telares. En el otro telar estaba el propio Ghenton acompañado de un muchacho que aprendía a manejar la lanzadera y los pedales. Los otros alumnos se ocupaban en la tarea de devanar la seda hasta lograr un hilo resistente y continuo que pudieran emplear después sus compañeros más avanzados. Nadie pasaba a un oficio sin haber aprendido el anterior, de tal manera que, al terminar la estancia de varios años en la providencia, cada uno estaba preparado para trabajar, e incluso dirigir, un taller de seda.

—Hola Poncet —dijo Coindre acercando una silla—, veo que te manejas muy bien en el telar ¿Quién te ha enseñado?

—En mi familia siempre hemos trabajado la seda —dijo el muchacho sin apartar la mirada del tejido que iba formándose lentamente—. Desde que era un niño, mi padre me enseñó a manejar el telar.

El Padre Coindre conocía la historia de Poncet. El padre del chico había sido uno de los propietarios de taller más reconocidos de la ciudad. La familia poseía, desde hacía varias generaciones, un local en el centro del viejo Lyon, pero la llegada de los telares Jacquard había supuesto la ruina para su negocio. La altura de los techos no había permitido instalar los nuevos telares y los pedidos fueron disminuyendo progresivamente hasta que dejaron de recibirse encargos. Mientras tanto, los prestamistas seguían apretando para recuperar sus créditos, lo que después de muchos meses de

congojas y miserias, dio con el señor Lamure y su hijo Poncet en la cárcel. Poncet había estado ocho meses en prisión. Su padre seguía en Roanne y, en este momento más que nunca, precisaba la ayuda de su hijo para encontrar cada día la energía necesaria para seguir viviendo. El resto de la familia había quedado abandonada a su suerte. Al final, la madre y las dos muchachas adolescentes habían encontrado refugio con unos parientes lejanos en la lejana región de Cantal.

—¿Qué tal estás pasando estos primeros días en la providencia? —preguntó el sacerdote.

—Muy bien, Padre Coindre —respondió el muchacho interrumpiendo el ir venir de la lanzadera y apoyando sus manos en la tela que iban naciendo—. Es fácil pasar de la situación humillante de la prisión a este lugar que se asemeja a nuestra propia casa. Aunque no sobran comodidades, la comida es buena y el ambiente de trabajo es agradable. El señor Ghenton se porta muy bien con nosotros y pone todo el interés en que mis compañeros aprendan el oficio lo antes posible para que un día puedan ganar su sustento y el de sus familias.

—Me alegro de que te encuentres bien, Poncet —replicó el Padre Coindre dando una leve palmada en el hombro del muchacho—. Me llama la atención, sin embargo, que después de todo lo que ha pasado tu padre con el taller, quieras seguir dedicando tu vida a los telares de seda.

—La seda no tiene la culpa —reconoció el chico con una media sonrisa que ocultaba un gran poso de amargura—. Mi padre fue víctima de una situación creada, a partes iguales, por los fabricantes, que fijan el precio de las telas por debajo del precio de coste, y por los acreedores, que se portan como verdaderos usureros. Quiero, con la ayuda de Dios, trabajar para sacar primero a mi padre de la cárcel y, después, poner mi granito de arena para que todos los trabajadores de la seda, todos los *canuts*, tengan unas buenas condiciones de vida.

El chico hablaba con la convicción apasionada de sus 17 años y utilizaba argumentos precisos para defender sus opiniones. Mientras hablaba, acariciaba y ajustaba el tejido recién formado o jugaba con la lanzadera pasándola de una mano a la otra. A veces se detenía y meditaba brevemente antes de seguir hablando:

—También quiero decirle, Padre Coindre, que le estoy muy agradecido por todo lo que hace por nosotros. Mi padre no era muy partidario de las providencias, porque decía que quitaban el trabajo a los verdaderos profesionales. Pero ahora, mi estado de necesidad me ha hecho ver que esto es una obra de Dios, que no nos abandona ni en los momentos donde todo a nuestro alrededor parece derrumbarse.

—Me alegra mucho que no hayas dejado a Dios fuera de esta ecuación vital —respondió el Padre Coindre—, porque Dios es la razón fundamental de esta providencia, el que otorga sentido a tu vida y también a la mía. Solo Dios sabe por qué ha permitido tanto sufrimiento, pero estoy seguro que lo ha hecho para tu salvación. Solo Dios sabe por qué te ha traído hasta esta pequeña providencia, seguro para algo más que para fabricar tejidos de seda. Quiero que me prometas que durante estos días vas a rezar para que el Señor te muestre el camino que quiere para tu vida.

La conversación había pasado prácticamente desapercibida para todo los habitantes del taller. Todo seguía su ritmo normal: los dos telares funcionando y algunos muchachos ocupados en devanar la seda. Pero cuando el Padre Coindre se levantó y volvió a dejar la silla en su lugar, Poncet Lamure sintió que su vida había cobrado una nueva dimensión. Aquel sacerdote le había dicho que Dios lo amaba y que tenía grandes planes para él. Poncet estaba dispuesto a creer al Padre Coindre, y también a Dios.